

## **EL HOMBRE QUE VIAJABA POR IMPULSOS**

Solía esperar el momento del impulso, entonces saltaba de un brinco y se miraba en el espejo infinito de las líneas escritas por el mismo. Se adentraba en una agencia viajera que ofrecía los desplazamientos más hedonistas que podía encontrar.

Tenía libertad absoluta para elegir el medio de transporte, el lugar como destino, la duración en el tiempo, acompañantes, amigos o enemigos, trazaba la ruta a su antojo, cambiaba los planes a merced de su voluntad, vestía con trajes populares los pueblos que encontraba en el camino, coloreaba con mezcla de tonos azules y blancos los cielos que, cada mañana al despertar, veía por según que ventana habitaba ese día. Usaba colores verdosos para los mares que surcaba en distintos metros de eslora, proa, popa, babor y estribor. Los rojos los guardaba celoso para combatir el frío invierno que algún día conociera.

Y así un color detrás de otro, como los pasos necesarios para llegar a cualquier sitio, iba pintando el mapa y el trazado de los viajes que fluían como los ríos, como los vientos, como la sangre y la lagrima, como los rayos del sol, como el vino y el pan, como la selva, como todo aquello que desde su mano indomable, cuando saltaba de un brinco alimentado por el impulso, manaba libremente.

Cansado de viajar, cerraba la página, apagaba la vela y se echaba a dormir.